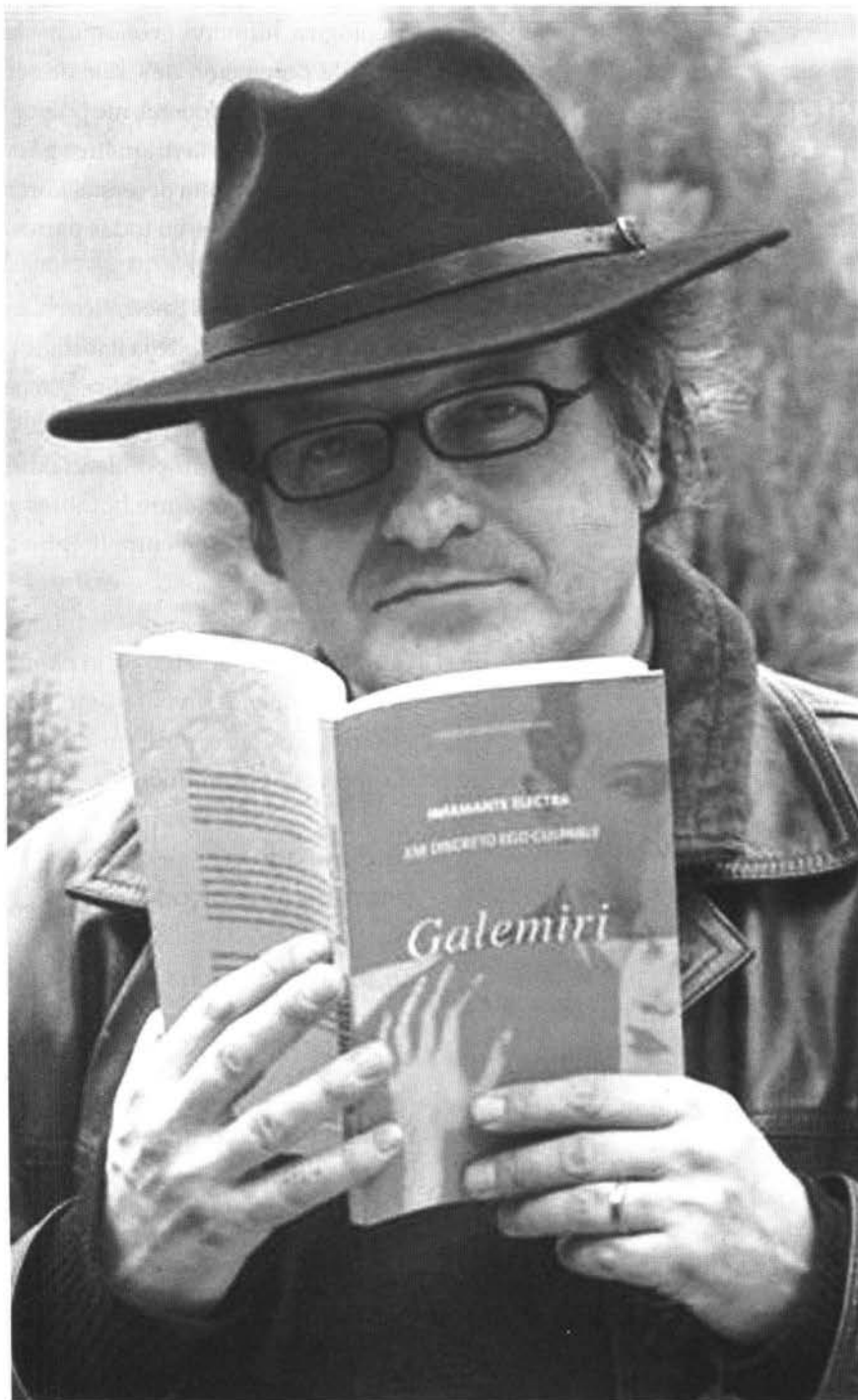


Entrevista con Benjamín Galemiri

El perturbador¹



por Irène Sadowska Guillon

Crítica teatral y ensayista francesa,
presidenta de Hispanité Explorations¹

Escribir en estado de gracia

Irène Sadowska Guillon: ¿Cómo evoluciona tu escritura en el plano formal?

Benjamín Galemiri: En mis talleres de dramaturgia siempre digo lo mismo: la técnica es la emoción y la moral es la estructura. Estos dos principios son los que siempre han fundamentado mi escritura. Para mí, el teatro es algo más que una cuestión de técnica, de estética, es más bien una cuestión de moral, de ética.

Lo que intento, en cada nueva obra, es escribir en estado de gracia, como si las palabras vinieran de la infancia. En este sentido, mi escritura es una especie de escritura edipiana.

1. Traducción al castellano de Primer Acto, Madrid, publicado en su N°313 2006, 183-189.
2. Intercambios Franco-Hispánicos de Dramaturgias Contemporáneas.

La libertad es la palabra clave. Cuando escribo no soy yo mismo, es como si me hubiera liberado del sentimiento de culpa.

Podría decirse que la evolución formal de mi escritura es la de la culpabilidad a la inocencia.

La transición democrática en Chile ha inspirado gran parte de tu teatro. ¿Qué problemas en concreto?

La transición democrática *a la chilena* me conmocionó profundamente. Para mí, correspondió con el descubrimiento de una escritura de la

conciencia, y a la vez con la denuncia irónica del discurso hueco. Hubo una explosión de todo tipo de *asesores*, de gurús sociólogos y politólogos. Los falsos profetas que aparecen a diario y las contradicciones de la derecha y de la izquierda, todo ello me parecía a la vez grotesco y triste. Esa explosión ideológica, humana, económica y la ridícula pretensión de Chile de ser una potencia continental, me proporcionaron la materia dramática para un teatro que intenta desenmascarar a los mistificadores en todas partes, incluso en el teatro.

La transición democrática chilena participa a la vez de la naturaleza de la tragedia griega, bíblica y mapuche. Es surrealista y paradójica, y además tiene su correspondencia con la guerra de sexos entre hombres y mujeres. La relación entre hombres y mujeres en el plano sexual y del discurso me interesa mucho. Creo que el comportamiento de la pareja hombre-mujer es un paradigma del comportamiento político de una nación y de un continente.

Una mirada anárquico-tragicómica

Tu teatro vierte una mirada muy crítica sobre la realidad política y social de Chile. ¿Te consideras un escritor comprometido? ¿Qué piensas del teatro comprometido?

Tengo una visión anárquico-trágico-cómica de la política chilena y mundial. En este sentido soy un escritor políticamente incorrecto, que en apariencia se burla de todo. Pero también me considero un escritor va-

Benjamín Galemiri, invitado de honor a *¿Qué tal?*, en Ivry sur Seine

La manifestación teatral *¿Qué tal?* es fruto de los intercambios artísticos que mantiene en América Latina desde hace ocho años el director y autor Adel Hakim –codirector del Théâtre des Quartiers d’Ivry, junto con Elisabeth Chailloux–, y de los vínculos particulares que Hakim ha establecido con Chile. En sus universidades dirige regularmente talleres de investigación para los actores profesionales, y dirige teatro, poniendo en escena obras de autores franceses, como *La controversia de Valladolid*, de Jean-Claude Carrière, y obras de autores chilenos.

Existe una complicidad artística entre Adel Hakim y Benjamín Galemiri, actualmente uno de los dramaturgos chilenos más brillantes y más iconoclastas. Adel Hakim ha dirigido con él numerosos talleres de investigación en Francia y en Chile y ha estrenado dos de sus obras, *Los principios de la fe* y *Déjala sangrar*, en el Teatro Nacional de Chile.

Para que Francia descubriera a este autor inclasificable, además de estos dos espectáculos, Hakim presentó, en el marco de *¿Qué tal?* otras tres obras de Galemiri: *Edipo asesor*, y *El coordinador*, puestas en escena por Magali Leris, y *El seductor*, montada por Raúl Osorio, director del Teatro Nacional de Chile.

Si Benjamín Galemiri fue la estrella indiscutible de la manifestación, también pudimos descubrir a otros autores latinoamericanos actuales cuya escritura afirma radicales y polémicas posturas estéticas y políticas...

A la manifestación *¿Qué tal?* se asociaron el Teatro Aleph del chileno Óscar Castro, instalado en Ivry, y la Universidad París VII, con una propuesta de encuentro entre el teatro profesional y universitario, a través de la presentación de extractos de obras de Benjamín Galemiri, a cargo de los grupos de teatro de París VII, y del espectáculo *Las señoritas porteñas*, del argentino Daniel Veronese, en el Anfiteatro de la Universidad.

liente que, cual los profetas bíblicos, delata cosas que la gente del poder no quiere ver, y que desenmascara.

La pregunta es, como decía Wells: ¿cuántas máscaras hay bajo la máscara original? Es una pregunta que siempre planteo en mis obras. Chile, y en general, América Latina, es un continente enmascarado. La transición chilena a la democracia, con Pinochet en su casa, con yacuzzi y televisión por cable, es casi una obra de Ionesco... o de Galemirí.

Abordas problemas de extrema gravedad con ironía y humor. ¿Qué función tienen en tu teatro?

Para mí el humor, la ironía, son armas contra los dogmas, contra el *diktat* de los conceptos, los juegos de

intereses, las máscaras ideológicas, los valores supuestamente sagrados.

En tu última obra *Infamante Electra* desacralizas la figura del político, mostrando los bastidores y las zonas de sombras del hombre de poder implicado en asuntos turbios. ¿El poder corrompe necesariamente? ¿La política es incompatible con la moral?

Esta obra pone en escena a un político, ex-senador de Chile, que encarna, para la juventud, la lucha contra la dictadura de Pinochet, y que es acusado bajo el régimen democrático de delitos económicos y sexuales. Cuando pierde el poder y todo el mundo le da la espalda, únicamente su hija, una brillante

abogada, acepta defenderlo. Atrapada entre la opinión pública que condena a su padre y la juventud que se manifiesta contra la policía y exige la liberación de su héroe, la abogada, a quien han tanteado para ocupar el puesto de Ministra de Justicia en el nuevo gobierno de la primera mujer presidente de Chile, defenderá a su padre a la vez que ella misma le condena. Esta decisión tendrá por efecto una explosión en el mundo de la política.

En mi opinión, el poder privado y el poder público son la misma cosa. Cuando hablo de un senador de la República que se cree un Mesías, o de una mujer que quiere ser Ministra de Justicia o Presidenta de Chile, también estoy hablando de la

Cuando escribo **no soy yo mismo**, es como si me hubiera **liberado** del sentimiento de **culpa**.



Foto: Rodrigo Chodil

Infamante Electra, de B. Galemirí. Dirección: Raúl Ruiz. Teatro Camino, 2006. Escenografía de Rodrigo Bazaes.

gente de la calle, de todos nosotros, que también intentamos obtener una pequeña porción de poder en nuestra vida cotidiana.

La búsqueda del poder es una forma patética de negar la muerte. La búsqueda permanente del sexo crea la ilusión de eternidad.

Los lenguajes del poder, es decir la palabra y el sexo, dominan a mis personajes. Buscan la eternidad, la celebridad, el reconocimiento, el éxito. El poder político no corrompe necesariamente.

Creo que el poder es de orden sexual, no sólo en el sentido de la libido, sino también como una manera de apropiarse del otro.

Mis personajes son sexo-dependientes, ninfómanos. Debido a que han sufrido mucho en su propia infancia, se vengan, abusan de su poder.

Persiguen el poder con furia, pero cuando lo consiguen, se preguntan por qué lo anhelaron tanto. No lo saben, y sin embargo, siguen por esa vía.

Profecía, cábala, mito

La acción de *Infamante Electra* transcurre en el trasfondo de unas elecciones presidenciales. En cierta forma, esta obra era profética en cuanto a sus resultados. ¿Qué esperas hoy del nuevo gobierno de Michelle Bachelet? ¿Traerá cambios inesperados?

Escribí esta obra mucho antes de que Michelle Bachelet fuera nuestra Presidenta. Pero lo sabía desde hacía tres años, ya que, como dice la Kabbala, *estaba escrito en el cielo*.

No podía escapar a su destino, y el pueblo chileno tampoco. De manera que nuestro voto simplemente la ayudó a alcanzar aquello para lo que estaba destinada. Es como en las tragedias griegas.

Hice proselitismo en su favor y voté por ella con mucho entusiasmo. Pero para mí, Bachelet es una neo-Electra que vuelve para vengar a su padre. Una venganza en sentido poético, naturalmente.

Es hija de un general asesinado por la dictadura, y, como Electra, el destino la señala como la que vengará la muerte de todas las víctimas de la represión; pero a la vez, es la *madre*

el poder en Chile y en el mundo. Hoy le toca a las mujeres hacer los cambios sociales, los de justicia, que los hombres no han tenido el valor de llevar a cabo. En general, las civilizaciones matriarcales eran más positivas, más progresistas. No creo en la pureza ni en la inocencia sino más bien en la culpabilidad, que es el motor dialéctico de toda buena historia dramática, y por lo tanto, política. De alguna manera, la culpabilidad de Michelle Bachelet se parece a la mía. Mi padre murió cuando yo tenía quince años y fue asesinado por cuestiones políticas. Yo también llevo en mí el deseo de

La búsqueda del poder es una forma patética de negar la muerte. La búsqueda permanente del sexo crea la ilusión de eternidad.

que va a reconciliarnos.

Pero cuidado, no pienso que las mujeres estén menos interesadas por el poder que los hombres. La obsesión del poder es una obsesión trágica, bíblica, griega. Está intrínsecamente vinculada a la raza humana, tanto a los hombres como a las mujeres.

Lo que digo en *Infamante Electra* es que estamos condenados a buscar el poder, y esa es una manera de escapar a la idea de nuestra desaparición de la tierra, que nos aterroriza a todos.

Siempre he dicho que los hombres han administrado muy mal

venganza poética, de justicia.

En mi caso, se expresa con la necesidad de poder artístico. Ese deseo de ser reconocido en todo el mundo es una manera de luchar contra la muerte de mi padre y a la vez contra la sensación de lo absurdo de mi culpabilidad ante su muerte.

La relación hombres/ mujeres es uno de los temas recurrentes de tu obra. ¿Te parece que el reconocimiento del lugar de las mujeres en la sociedad y en la vida pública va por el buen camino hoy en día? ¿Hasta qué punto su integración

en la vida pública puede cambiar la sociedad chilena actual?

Desde mi infancia me fascinaron las mujeres. La mujer enseñó el árbol del conocimiento al hombre, y por extensión, al mundo. En mis obras, los hombres están obsesionados por las mujeres, de las que tienen una visión casi *divinizada, idealizada*. Las mujeres, en cambio, tienen una relación muy natural con los hombres y también bastante crítica. No se equivocan en eso. Somos cobardes. Las mujeres son valientes desde el punto de vista moral, son capaces de luchar por los principios y de aceptar el dolor.

En Chile, y en todo el mundo, la hora del padre ha llegado a su fin. Le ha sucedido la de la madre. Pero está llena de trampas y de peligros, ya que también es la hora de los mitos, entre los cuales el de *Electra* es emblemático.

Durante siglos, el teatro se ha ocupado del mito de Edipo, del cual Hamlet es un derivado. Simplificando, hombres débiles, enamorados de sus madres y que detestan a sus padres. Ese mito le ha pasado el relevo a otro, no menos peligroso, el de la hija y la venganza del padre. En *Infamante Electra*, la heroína se venga de su padre, pero también de todos los que atacan a su padre.

Creo que la mujer chilena post-marxista siempre ha sentido la competencia con la madre y el abandono del padre. ●

Los principios de la fe

Entre los espectáculos mostrados en *¿Qué tal?* se encuentra *Los principios de la fe*, de Benjamín Galemiri, traducido y puesto en escena por Adel Hakim.

Esta obra – comenta Galemiri – es la odisea de un grupo de personas que se transforman en esclavos del discurso del éxito y del rechazo fóbico del fracaso.

El protagonista de la obra, Samuel Arkadin, abandona su puesto de experto en la ONU y, seguido por un grupo de discípulos y de su harem de diecisiete esposas, se instala cerca del volcán Llaïma, al sur de Chile, al que convierte en búnker y en templo hedonista. Es una *tierra prometida* de una nueva *religión*, con un centro geriátrico ultra moderno, una falsa piscina termal y un lago prefabricado, donde Arkadin pone en práctica su proyecto de construcción de una sociedad neoliberal, con sus propias normas morales y sexuales. Al descubrirse sus estafas y fechorías, Arkadin es juzgado, condenado y ejecutado. Pero, enfrentado al vacío, su *pequeño pueblo desamparado sacraliza* a su líder desaparecido y persigue su *ideal*.

Adel Hakim penetra en el corazón de la escritura de Benjamín Galemiri y consigue traducir en escena su singularidad: la referencia cinematográfica y la forma teatro-novela, integrando, mediante las didascalías puestas en escena, la presencia del autor que comenta, dispone el decorado y presenta a los personajes, a la vez que toma una distancia irónica con respecto a ellos y establece una complicidad con los espectadores.

Adel Hakim articula su puesta en escena en torno a la problemática central de la obra: la extraordinaria vitalidad de las ideologías supuestamente extinguidas que siguen prosperando bajo el disfraz del lenguaje del poder. Su palabra clave, *el éxito*, segrega todo un sistema fundado en la ilusión, que conduce a un individualismo enconado.

Es un espacio de tierra prometida. Al fondo del escenario, andamios, plataformas y escaleras, iluminados por proyectores, y algunos objetos a los lados: una mesa, una plataforma que evoca el trampolín de una piscina, un diván, un pequeño estrado, sillas, que los actores traen al centro del escenario en determinados momentos de la acción.

La interpretación de los actores, bastante expresiva, oscila entre el exceso y la distancia, y, puntuada o mantenida por las irrupciones de una música poderosa, confiere una dimensión a la vez trágica, absurda y mística a ese extraño universo que es el nuestro.